EL ARQUITECTO RICARDO MAGDALENA

por

REGINO BOROBIO OJEDA

La Institución "Fernando el Católico" ha tenido la gentileza de llamarme a su seno. Acepto, no sin temor de no estar a la altura de sus consejeros, y agradezco el alto honor recibido, animado del deseo de contribuir desde este puesto al conocimiento y estudio de los problemas de Zaragoza, que de siempre me han apasionado.

Al tratar de elegir tema para este trabajo que me ha de dar derecho a sentarme entre vosotros, no vacilé en dedicarlo a la memoria de un arquitecto insigne: don Ricardo Magdalena. Motivos para esta elección no me faltaban: de una parte, el cargo de director de la Cátedra de Arquitectura y Urbanismo con el que me honró desde su fundación esta Institución, justifica que dedique esta primera intervención a la prócer figura que da nombre a la Cátedra. De otra parte, aunque no alcancé a conocer y tratar personalmente a don Ricardo, puedo afirmaros que desde mi adolescencia fui un devoto de la obra de Magdalena, en la que mi incipiente afición a la arquitectura me hacía vislumbrar algo digno de admiración.

Don Ricardo Magdalena Tabuenca nació en Zaragoza en la madrugada del 3 de febrero de 1849 y fue bautizado el mismo día en la iglesia parroquial de San Felipe y Santiago. Sus padres, don Conrado y doña María, eran naturales de Borja.

Quedó huérfano en los primeros años de su vida. (Su madre murió cuando contaba solamente tres años).

Cursó sus estudios de primera enseñanza en una escuela municipal, y allí manifestó de tal manera su talento excepcional que su

---

* Discurso de ingreso en la Institución "Fernando el Católico" el día 30 de octubre de 1964.

maestro, señor Frax, logró que el Ayuntamiento costease sus estudios de segunda enseñanza y después los de la carrera que, por elección propia, fue la de Arquitectura, hacia la cual se sentía particularmente inclinado. Alumno distinguido de la Escuela Superior de Arquitectura de Madrid, terminó brillantemente sus estudios el 11 de diciembre de 1873 y obtuvo el título de arquitecto el 13 del mismo mes, a los veinticuatro años de edad.

Su vida, no muy extensa, pues falleció en 1910, cuando contaba sesenta y un años, fue fecundísima en obras que llenaron medio siglo de vida de nuestra ciudad, a la que dio nuevo aspecto con sus excepcionales edificios.

He recogido algunos rasgos excepcionales de don Ricardo, de sus hijas y de los amigos que tuvieron la suerte de tratarle y de recibir sus enseñanzas.

También se me han abierto los archivos general del Ayuntamiento y el de la Dirección de Arquitectura municipal, de los que, gracias a la amabilidad de sus directores, he podido extraer abundantes datos, así como del archivo privado de don José Blasco, cronista oficial de la ciudad.

A todos doy mis gracias más rendidas.

Casado con doña Dolores Gallifa, tuvo catorce hijos, de los cuales tres fueron varones. De ellos, Ricardo siguió la carrera de su padre, y su nieto Ricardo Magdadena tercero, excelente arquitecto, es uno de los autores del proyecto premiado en el concurso para la nueva Casa Ayuntamiento, y con arreglo al cual se está construyendo. No parece que terminará aquí la estirpe de los Ricardos Magdalena, arquitectos, pues me dicen que el biznieto se dispone, con brillantez, a seguir el derrotero de sus antecesores.

Don Ricardo tenía una rara facilidad para el dibujo. Sus apuntes y acuarelas son deliciosos, como he podido comprobar viendo los que adornan la casa de sus hijas, así como algunos estudios al pastel.

Era muy afectivo y entregado a su familia. Le gustaba trabajar en el mismo cuarto donde hacían labor su esposa y sus hijas. En la casa de la calle de Don Jaime, donde hoy se alza la Caja de Ahorros de la Inmaculada, vivió varios años y murió. Allí, en la sala angular a la calle y a la plaza de Ariño, tenía su tablero don Ricardo y era corriente que, mientras las visitas departían con la familia, él en su tablero estuviese dibujando, haciendo cálculos o modelando en hoja de plomo aquellos ornamentos florales que sus artesanos de cerrajería habrían de trasladar al hierro forjado.

Nos quedamos atónitos los arquitectos de ahora al saber que

una actividad profesional tan extraordinaria como la de Magdalena pudiera desarrollarse, como todo estudio, en un tablero colocado en la sala de estar de su casa.

Tenía excelente humor. Procuraba que su hogar fuese atrayente. Allí se celebraban muchas fiestas para las cuales él hacía los preparativos. Con su ingenio reproducía espectáculos que se daban en los teatros de la ciudad, como las "sombras chinescas" o diseñaba los disfraces de su familia. Me cuentan que él mismo, disfrazado de ciego, con dos de sus pequeños de la mano, divirtió en una ocasión a la concurrencia cantando romances, acompañándose a la guitarra.

Para tratar de comprender y valorar la obra de Magdalena es preciso situarse en el tiempo en que le tocó trabajar. ¿Qué rumbo seguía la Arquitectura al comenzar el último cuarto del siglo XIX? ¿Cómo era la ciudad de Zaragoza en aquella época?

La arquitectura académica, inspirada en los estilos de Grecia y Roma clásicas, que venía imperando durante todo el siglo pasado, hubo de enfrentarse en su último tercio con dos nuevas tendencias. De una parte, los descubrimientos históricos y arqueológicos despertaron el amor hacia las formas medievales, que hasta entonces se habían considerado como bárbaras, y fueron muchas las obras que se levantaron inspiradas en los estilos románico, gótico y mudéjar. Violet-le-Duc contribuyó en gran parte con sus trabajos de historiador del Arte y de restaurador de monumentos a la propagación del gusto por los estilos de la Edad Media.

De otra parte, los nuevos recursos constructivos, principalmente la aplicación del hierro a la edificación, dieron lugar a importantes obras de ingeniería, con atrevidas estructuras que no habían encontrado todavía su interpretación arquitectónica, por lo que los arquitectos se limitaban a copiar en los elementos resistentes las formas tradicionales o a revestir las estructuras puramente mecánicas con una decoración tomada de los viejos estilos.

Dentro de este eclecticismo tuvo que iniciar Magdalena su labor profesional.

Más adelante, hacia fin de siglo, le alcanzó un movimiento que buscaba afanosamente dar a la arquitectura una expresión propia, liberándola de los prejuicios del academicismo y del tradicionalismo. Se trataba del "modernismo", que se extendió, con distintos nombres, por toda Europa, y en España arraigó principalmente en Cataluña.

Uno de sus más destacados cultivadores en Barcelona fue Do-

ménech y Montaner, contemporáneo de Magdalena, y cuyas obras tienen no pocos puntos de contacto.

Por aquellos años de 1870 Zaragoza no se extendía más allá del recinto limitado por el Ebro, la ronda formada por los actuales paseos de María Agustín y Pamplona y por el río Huerva hasta su desembocadura. Es decir, la misma ciudad de los Sitios, con la renovación del caserío destruido durante aquella epopeya. La población era de 85.000 habitantes.

La arquitectura urbana que encontró Magdalena cuando empezó a trabajar era aquella anodina y vulgar, propia de la reconstrucción posterior a los Sitios. Se había perdido el gusto por la fábrica de ladrillo, característica de nuestra arquitectura de los siglos XVI y XVII, con sus portadas, arquerías y aleros, que daban un empaque señorial a la edificación de nuestra ciudad. Este tipo de arquitectura había sido sustituido por fachadas enlucidas de yeso, coronadas por rafes insignificantes y provistas de una monótona ordenación de balcones.

En cuanto a los edificios públicos del siglo XIX, análoga pobreza y vulgaridad se observaba en su aspecto. Sirvan de ejemplo las fachadas primitivas de la Diputación y de la Universidad.

Magdalena no podía conformarse con tan pobre manera de construir. Enamorado de la arquitectura aragonesa de ladrillo empleó este material en sus edificios; lo animó con las labores que caracterizaron a nuestro mudéjar; empleó con profusión los arcos de medio punto y coronó sus fachadas con potentes aleros de madera tallada. Ningún precedente había de esta arquitectura en las dos centurias anteriores. Bien podemos decir que Magdalena fue un verdadero renovador de nuestra arquitectura, pues supo tomar de las mejores fuentes del pasado la inspiración para sus concepciones, sin descuidarse de estar al día de todo movimiento innovador.

Pero Zaragoza no estaba preparada para la ejecución de las obras tal cual las había concebido su talento creador. Faltaban artífices que las llevaran a cabo con la perfección técnica y artística que él exigiría. Y en este aspecto de formar artesanos capaces de seguirle en sus obras, la labor de Magdalena fue ejemplar.

Impulsó la creación de una Escuela autónoma, toda aragonesa, de Artes y Oficios, dirigida primero por don Bruno Solano, decano de la Facultad de Ciencias, y más tarde, hasta su muerte, por don Ricardo, que desde su fundación se encargó de la clase de dibujo artístico. Ocupaba la Escuela los sótanos de la nueva Facultad, y

en ella se daban clases de escultura, forja, ebanistería, talla, fotografía, electricidad y conocimiento de materiales.

Otra escuela, ésta de carácter oficial, llamada de Artes e Industrias, funcionaba en el antiguo convento de Santa Fe, situado en lo que hoy es plaza de Salamero, y después, en la calle de los Graneros.

Ambas se refundieron bajo la dirección de don Ricardo Magdalena para ocupar el edificio que se construyó en la Huerta de Santa Engracia con ocasión del Centenario de los Sitios.

De sus clases salieron buen número de artesanos que dieron lustre a los oficios artísticos de nuestra ciudad, algunos de cuyos talleres perduran hoy regidos por los descendientes o por los sucesores de aquellos que se honraron con el título de discípulos de Magdalena.

La labor de formación de don Ricardo no terminaba con la que podía dar a través de la Escuela. Gustaba mucho de tener charlas o tertulias con sus colaboradores, a la caída de la tarde, en torno a su tablero, durante las cuales el maestro iba inculcándoles sus ideas. Allí acudían dos Cirilo Comps, aparejador de obras del Ayuntamiento; don Juan de Sola, maestro albañil; don León y su hijo don Rogelio Quintana, artistas vidrieros; don Pascual González, gran cerrajero; el carpintero y ebanista don Ezequiel González; el marmolista don Joaquín Beltrán; el pintor Ibáñez, el escultor don Dionisio Lasuén.

Todos estos artistas y artesanos profesaban gran veneración y afecto por don Ricardo, y algunos de ellos, más íntimos, participaban en las fiestas familiares, a que tan aficionado era el maestro.

Trataremos de seguir la vida profesional de don Ricardo, y a lo largo de nuestro recorrido iremos comentando sus obras más destacadas.

Ya hemos visto que terminó la carrera en 1873.

En 1874 el Ayuntamiento le encargó un croquis para la iglesia del barrio de Garrapinillos, que desarrolló en proyecto y le encomendó la dirección de las obras. Esta iglesia y la casa de don Nicolás Gracia en la calle de la Morería, fueron sus primeras obras. La iglesia de Garrapinillos, de ladrillo a cara vista con labores y torre coronada por agudo chapitel, al gusto de las iglesias francesas, inspiradas en los estilos tradicionales, consta de una nave con gruesas columnas adosadas a los muros laterales y bóveda de cañón con lunetos. El estilo empleado es el románico, con las vacilaciones en su composición propias de una obra de juventud. Es de destacar

que ya aquí empezó a aplicar el ladrillo, que tan olvidado había quedado en la centuria anterior.

Durante la construcción de esta iglesia el Ayuntamiento, en 11 de abril de 1876, le nombra arquitecto municipal interino, por jubilación de don Segundo Díaz, y en 26 de enero del siguiente año le confirma en propiedad en dicho cargo con el sueldo anual de veinte mil reales. El acuerdo de nombramiento se funda en ser don Ricardo hijo adoptivo del Ayuntamiento, pensionado para seguir su carrera, concluída ésta con gran aprovechamiento, y haber efectuado importantes trabajos para el Municipio como el de la citada iglesia de Garrapinillos y el proyecto de nuevo Matadero "que puede enaltecer —así dice el acuerdo— a cualquier arquitecto". Desempeñó este cargo al servicio de la ciudad hasta su muerte. Fue un fiel funcionario municipal, que supo pagar con creces el favor recibido del Ayuntamiento al ayudarle económicamente durante los años de sus estudios.

La primera obra de gran importancia que llevó a cabo don Ricardo Magdalena fue el Matadero municipal. Ya hemos visto que entre los méritos apreciados para designarle Arquitecto municipal figuraba el proyecto de nuevo Matadero. Luego éste debió ser encargado en 1876. Se varió el terreno primitivamente propuesto y al adquirir el definitivo, de mayor amplitud, hubo de reformar aquel proyecto en 1878.

La subasta de obras se celebró en 1880 y se adjudicaron éstas a don Santiago Sañudo en 882.000 pesetas. Terminaron los trabajos en 1884, o sea, en un plazo de poco más de cuatro años. La liquidación, en la que se incluyen algunas obras complementarias, ascendió a 1.385.000 pesetas.

El edificio se utilizó para la celebración de la Exposición Aragonesa de 1885, año del cólera, ante el fracaso de construir un edificio adecuado en el campo del Sepulcro. Pasada la exposición se inauguró el Matadero para sus propios fines, en 1887.

El edificio está emplazado en un terreno de 25.500 metros cuadrados, de los cuales 11.320 metros están ocupados por las edificaciones y el resto se destina a espacios libres: jardines, patios y gran plaza de entrada de 1.400 metros cuadrados. Estas cifras dan idea de la amplitud con la que está concebido el edificio, formado por una serie de pabellones de distintas características, entre los que destacan las tres grandes naves de matacía y oreo con sus testeros recayentes sobre la plaza central, porticada por tres de sus lados.

La obra es de fábrica mixta de ladrillo y mampostería. La estructura de las naves es de altas columnas de fundición y armaduras de madera para apoyo del tejado.

En todos los pormenores de la obra: tratamiento del ladrillo; dibujo de las columnas y armaduras; detalles de cerrajería y de cantería se ve la mano del arquitecto, que no sólo se ocupaba de dar una disposición clara y acertada a los cuerpos de edificio en su conjunto, sino que llegaba a puntualizar los menores elementos de la composición.

La amplitud de la concepción de esta obra de Magdalena queda demostrada con el hecho de que, proyectada para una población de 85.000 almas, sigue sirviendo para la de 350.000 actual.

Casi contemporáneo del Matadero es el edificio que construyó Magdalena para las Hermanitas de Ancianos Desamparados, en el camino de San José. La primera piedra se colocó el 5 de mayo de 1880 y se terminó en el mismo mes de 1882. Llama la atención ver cómo en ésta y en otras obras de gran importancia de Magdalena, los plazos de construcción son cortos, lo que nos extraña más comparando los medios de entonces con los que hoy tenemos a nuestro alcance.

El Asilo de las Hermanitas de los Pobres, como las llamamos corrientemente, tiene una planta simétrica a base de iglesia central, con dos patios laterales. En la fachada se acusa el templo con torre de chapitel en forma de flecha, como en la iglesia de Garrapinillos. El interior del templo, de planta de cruz griega, está inspirado, como en aquélla, en la arquitectura románica. En el exterior, el juego de volúmenes de los distintos cuerpos del edificio es acertado y el ladrillo está tratado con la gracia a que nos tiene acostumbrados el maestro.

Llegamos ya a la obra de mayor altura de Magdalena. Creo que, sin duda, puede llamarse su obra maestra. Es la Facultad de Medicina y Ciencias.

La iniciativa de la construcción de este edificio fue de don Joaquín Gimeno Fernández-Vizcarra, catedrático de Medicina, que logró interesar en la empresa a don Julián Calleja, senador por la Universidad y después director general de Instrucción Pública, quien logró los créditos necesarios para las obras.

El proyecto fue encargado por don Joaquín Gimeno a Magdalena, de quien era gran amigo y admirador. Don Ricardo desarrolló en dos o tres meses el trabajo encomendado, ajustándose a los programas de necesidades que respectivamente le dieron para Medicina, Gimeno, y para Ciencias, don Bruno Solano.

Celebrado concurso de solares por el Ayuntamiento y la Diputación se adquirió en 180.000 pesetas el campo hondo de Lezcano, junto al Huerva y frente a la Puerta de Santa Engracia. En 21 de marzo de 1886 el rector, don José Nadal, posesionó del cargo de arquitecto de las obras a don Ricardo con el sueldo anual de pesetas 5.000. La preparación de la subasta fue pródiga en incidentes por no faltar detractores de la obra que pretendían que quedase desierta. A pesar de las dificultades, hubo, al fin, postor y de categoría: don Juan Pruneda, constructor del Banco de España, de la Real Academia Española y del palacio de Bibliotecas y Museos, entre otros grandes edificios de Madrid. Tuvo de colaborador a don Antonio López, que actuó de encargado general, y que no alcanzó a ver la obra acabada por haber fallecido durante la marcha de los trabajos.

La cifra de adjudicación fue de 2.321.201'12 pesetas con ligera baja del tipo de subasta. Se amplió el presupuesto con otro de obras adicionales de cimentación y muros de contención para evitar los efectos de las avenidas del Huerva, por 362.261'69 pesetas.

La superficie del terreno es de 19.000 metros cuadrados, de los cuales 5.500 metros ocupa el edificio principal; 2.400 metros, el Hospital Slínico, y 700 metros los servicios de Anatomía, quedando el resto como espacios libres y de separación entre estos tres cuerpos de edificación independientes.

Se colocó solemnemente la primera piedra, procedente de la vieja Universidad, el 21 de marzo de 1887 con asistencia de Calleja en nombre de la Reina Regente.

Terminaron las obras en 21 de julio de 1892, fecha en que se hizo su recepción provisional, habiendo tenido una duración de cinco años.

La inauguración se celebró en 18 de octubre de 1893, con asistencia del rector Hernández Fajarnés, del senador y director general Calleja y del miinstro de Fomento Moret.

Al día siguiente comenzaron las clases.

El edificio es el más característico de la ciudad entre los de la época contemporánea. Llama la atención por sus acertadas proporciones, por su juego de masas y por la disposición de los distintos cuerpos. Para su composición se inspiró Magdalena en nuestros edificios de ladrillo de la época más brillante de la arquitectura aragonesa, sin hacer una copia servil, un pastiche, todo lo contrario: la Facultad es una obra propia de Magdalena y perfectamente encuadrada en el ambiente de Zaragoza.

No he de describir el edificio, pues de todos es bien conocido.

Cumpliendo encargos de la Universidad he tenido que trabajar muchas veces en su reforma y ampliación, y cada día comprendo mejor la categoría poco común de la Facultad. Todo en este edificio está tratado con esmero.

La construcción es solidísima: gruesos muros de ladrillos han permitido dar fuertes relieves a pilastras, impostas y archivoltas, lográndose un excelente juego de luces y sombras, que contribuyen a dar vigor al conjunto. Los torreones de los cuatro ángulos y los cuerpos centrales anterior y posterior rematan con la típica arquería y unos potentes aleros de madera tallada cuya altura alcanza a un metro y medio.

El patio, en el que se acusan las galerías del claustro, es un acierto de composición, a base de grandes huecos de medio punto en la planta baja y otros menores en la arquería de la superior, todo en ladrillo, con motivos escultóricos de barro cocido.

Las grandes cátedras están tratadas en hemiciclo. Son notables la sala de conferencias con tres plantas de asientos en gradería y el salón de actos, que viene sirviendo como paraninfo universitario. Su decoración está inspirada en el renacimiento aragonés y se cubre con bóvedas de crucería con claves colgantes de arandela talladas.

En este edificio trabajaron los artistas y artesanos que colaboraron con Magdalena en otras muchas obras. El escultor Lasuén modeló el sin número de medallones con emblemas, alegorías y bustos de sabios. También son suyas las esculturas sedentes de la entrada principal.

Mientras se alzaba la Facultad, Magdalena realizó muchas otras obras, unas de arquitectura y otras de las más diversas actividades técnicas y artísticas. Su genio daba cabida a todas ellas. Al decir de Moneva "lo mismo que era capaz de proyectar un edificio, lo era de proyectar un joya de orfebrería con que la Ciudad hubiera de obsequiar a alguien, o el puño de un bastón de mando, o el dibujo para bordar en oro, plata y sedas una capa pluvial".

Entre las construcciones de este período figuran el Colegio Militar Preparatorio, edificio sin alardes artísticos, de ladrillo al descubierto y de correcta factura, donde hoy se halla instalada la Casa de la Ciudad y la Casa Amparo, de grandes proporciones y fachadas de ordenación apilastrada con huecos de arco de medio punto.

Obra de ingeniería fue la construcción del depósito de aguas y su conducción a la ciudad. En aquellos años no existían los servi-

cios de ingeniería municipal y el Arquitecto había de ocuparse de todas las ramas de la técnica urbana.

En 1891 se inauguraron las obras de reforma del Teatro Principal. Don Ricardo proyectó la sala tal cual hoy está, ya que en las recientes obras se conservó cuidadosamente en todos sus pormenores. El *Diario de Avisos* de 8 de octubre de aquel año, al reseñar la función inaugural, hace un elogio merecidísimo del gusto artístico del Arquitecto municipal y enumera los artistas pintores que decoraron el techo: Pallarés, Oliver, Fortún, Gracia y Lasuén.

El importe de la reforma, en la que se incluyeron también las fachadas, fue de treinta y cinco mil duros.

Anterior a esta obra del Teatro Principal fue la construcción del Teatro Circo, inaugurado en primero de octubre de 1887. Magdalena recibió el encargo de proyectar este teatro, en los terrenos de un antiguo lavadaro en la calle de San Miguel, con el deseo de que se le diera un aire al Circo Price de Madrid. El "aire" conseguido por don Ricardo fue magnifico, al decir del marqués de la Cadena, opinión que compartimos. De planta circular, con estructura de columnas de fundición, armaduras ocultas por el cielo raso, antepechos de fundición con profusa decoración calada, tenía un aforo de 1.700 localidades.

En 1895 un incendio destruyó el edificio y el propio Magdalena lo reconstruyó en el transcurso de ocho meses.

En esta época de la vida de Magdalena no podemos olvidar sus trabajos en relación con la desaparecida "Torre Nueva".

Ya en 1877, recién posesionado de su cargo municipal, emitió un informe que he podido leer en el archivo de la Dirección de Arquitectura Municipal. No resisto a referirme a este trabajo, pues en el mismo don Ricardo muestra el dolor que le causa la ofensiva contra aquel insigne monumento y hace protestas de amor hacia los edificios que nos legaron las generaciones pasadas.

Varios vecinos de las calles de la Torre Nueva y plaza de San Felipe solicitaban del Ayuntamiento la demolición de la torre para asegurar la tranquilidad del vecindario, alarmado por las señales de ruina de la torre. Don Ricardo, al informar esta solicitud, afirma que "las grietecillas que se aprecian en el interior del edificio, no deben de ser motivo de alarma ni mucho menos inspirar temor de ruina, al menos por ahora". "No debe pensarse en destruir un edificio de tan notables cualidades artísticas, que encierra bellezas sin cuento, y que por sus recuerdos históricos merece ser conservada como la joya más preciosa que en Zaragoza hemos heredado de la arrogancia y grandeza de nuestros antepasados". "Hoy que

tan adelantados se hallan los medios de ejecución en las obras, gracias a los poderosos adelantos de las artes industriales, yo respetaría cuantos edificios de indisputable mérito existen, aun en el caso de hallarse ruinosos, y emplearía apeos de hierro combinados artísticamente, decorados de la manera más rica que puede ser susceptible el material, aun cuando el coste de éstos excediese en mucho el valor que hoy pudiese tener el construir un edificio igual". Y refuta la idea de construir otra Torre Nueva igual a la verdadera, porque eso sería una falsificación que nunca podría hablarnos al espíritu, como el monumento construido por nuestros antepasados. Termina afirmando que "no debe de ningún modo accederse a la petición de los firmantes, que pretenden se proceda a demoler hasta su base el edificio de la Torre Nueva".

Para aliviar el peso que se atribuía al alto chapitel que coronaba la torre, don Ricardo hubo de formular proyecto y dirigió las obras de demolición del mismo en 1878, para lo cual fue preciso un difícil andamiaje. Estas obras, por su final feliz sin el más leve contratiempo, merecieron el elogio municipal.

Al fin pudieron más los detractores que los defensores del monumento. Y la Torre Nueva fue demolida en 1892; he visto el pliego de condiciones para esta obra, redactados por don Ricardo. Es de suponer la tristeza que, en un espíritu tan delicado y tan enamorado de los edificios antiguos, causaría tener que intervenir en esta dolorosa operación. Para constancia de su emplazamiento dejó marcado en el pavimento, el octógono de su base.

Mariano de Cavia fue el primero que, al saber que estaba sentenciada a muerte la Torre Nueva, pidió la construcción de un monumento sucesor de aquella fábrica mudéjar.

El Ayuntamiento encargó a su arquitecto el proyecto correspondiente y Magdalena huyó en su trabajo de una copia de la torre desaparecida, ideando otra torre de cien metros de altura, en forma de faro, coronada por un chapitel de hierro como sostén de las campanas del reloj situado hacia mitad de su altura. Para nada quiso recordar aquí el edificio fenecido; las proposiciones del edificio son acertadas y sus líneas y composición dejan entrever el "modernismo" que empezaba a influir en la arquitectura del maestro.

Otra obra que no cabe silenciar entre las que Magdalena realizó hacia 1890, es el rosario de farolas de cristal. La iniciativa de su construcción fue de don José María Prat, canónigo del Cabildo, que quiso dar nuevo esplendor a la antigua procesión con faroles, obra del hojalatero Tiestos. Le encomendó a Magdalena el diseño

de los faroles y puede decirse que son filigrana de composición, tanto los monumentales que representan los Misterios, como los pequeños de las Ave Marías, Padre-nuestros y Glorias. Fue el taller de don León Quintana el que se encargó de la ejecución del trabajo, con un acierto insuperable. Colaboró su hijo don Rogelio, discípulo de don Ricardo, a quien el maestro profesaba especial dilección. Las minuciosas acuarelas de Magdalena, proyectos de los distintos modelos de faroles, se perdieron lamentablemente en el incendio de los Talleres Quintana.

Siguiendo con la enumeración de los trabajos de Magdalena en el último lustro del siglo pasado, citaremos en primer lugar el convento e iglesia de las Esclavas del Sagrado Corazón, inaugurado en 1895. La iglesia de una nave, inspirada en el estilo de transición entre el románico y el gótico, tiene columnas adosadas a los muros, descansando sobre ménsulas; bóveda de crucería con florones y profusa decoración pintada con motivos florales, debida a los pinceles de Ibáñez. El exterior es de ladrillo visto.

Proyectó el chapitel para coronar la torre antigua del Pilar, que había permanecido desmochada desde su construcción en el siglo XVII. Este chapitel es enteramente metálico, con un templete de columnas de fundición y cubierto de escamas de cobre. Con el mismo diseño se han terminado las otras tres torres del templo.

Contribuyó con sus estudios al conocimiento del estado de ruina del Pilar, redactando luminosos informes.

Otra actividad destacada de don Ricardo, a la que le llevó su decidido amor hacia los monumentos del pasado, fue su designación como arquitecto del servicio de Monumentos artísticos. Intervino desde este puesto en las restauraciones de San Pedro el Viejo, de Huesca; San Juan de la Peña, Santa María de Calatayud, Santas Creus y Poblet. En 1895, desde el semanario "El Pilar", don Mario de la Sala se congratulaba de que el gobierno se hubiese decidido a restaurar el real Monasterio de San Juan de la Peña, con el acierto de encomendar tan delicado trabajo a la experta dirección de don Ricardo.

De los primeros años del siglo actual son las casas particulares, más destacadas, construidas por Magdalena. Aparte aquella primera de la calle de la Morería en la que no se había decido aún el estilo del maestro, todas las que conozco tienen un aire que las caracteriza. En general las fachadas son de ladrillo, con huecos guarnecidos con dinteles y jambas de sillería, decoradas con motivos florales y rica cerrajería en balcones y miradores.

A pesar de la abundante ornamentación no se pierde la idea de conjunto de la composición, que es siempre acertada. Es frecuente la utilización de elementos resistentes de hierrro a la vista, como columnas y dinteles, con ornamentación forjada sobrepuesta.

Entre las casas de Magdalena, merecen citarse la que fue de don Juan Fabiani en la calle de San Jorge; la de los actuales almacenes Ferrer Bergua en la plaza de San Cayetano; ambas de análoga composición; unas casas de la plaza del Mercado, sobre porches de altas columnas de fundición, modelo que debió proyectar Magdalena para repetir en toda la plaza; los desaparecidos Almacenes del Pilar, construidos en dos años e inaugurados en 1904; la de Molíns, en el Coso, esquina a Don Alfonso, resultado de una importante reforma de dos casas viejas, en 1906 y, finalmente, la casa de Juncosa, en el paseo de Mola, que a mi juicio es la mejor de las obras de don Ricardo, dentro del grupo de casas particulares. Constituye un ejemplar la antología en el estudio de la arquitectura "modernista". Mereció el elogio de don Modesto López Otero en la lección inaugural de la cátedra que lleva su nombre.

Merecería hacer lo posible por que estas casas que aún quedan, no desaparecieran; son testigos de una época zaragozana que caracterizan el aspecto de la ciudad. Así como Barcelona se preocupaba de conservar las obras de Doménech y Montaner, Zaragoza debería hacer lo posible por hacer lo mismo con las de Magdalena.

Llegamos ya a los últimos años de la vida del maestro. En 1908 la conmemoración del Centenario de los Sitios fue de una actividad agobiadora para don Ricardo.

Se celebró con tal motivo la Exposición Hispano Francesa en los terrenos de la Huerta de Santa Engracia, en el paseo de la Mina y sin posibilidad de acceso desde el paseo de la Independencia por impedirlo el obstáculo del cuartel de Santa Engracia, que cerraba la entrada de la actual calle de Costa. Al fin se derribó el cuartel con gran alegría de la ciudad el 29 de febrero del mismo año del Centenario.

Con arreglo al proyecto de urbanización redactado por Magdalena de la Huerta de Santa Engracia, se construyeron tres edificios definitivos y varios provisionales para alojar la exposición. De los definitivos, fueron proyecto de don Ricardo el de "La Caridad" y el Palacio de Museos, éste en colaboración con don Julio Bravo. El edificio para escuelas de Artes e Industrias y Comercio fue proyectado por don Félix Navarro.

"La Caridad" es un edificio de sobria composición, como corresponde a su fin benéfico. Muros de ladrillo, con grandes ventanales; tres alas en torno a un patio abierto por uno de sus frentes y ligera decoración en la portada y en los escudos de la ciudad que campean en lo alto de la fachada.

El Museo tiene mayor categoría arquitectónica. Está tratado con la dignidad y prestancia que corresponde a su destino. Su planta rectangular se desarrolla en torno a un patio porticado al uso aragonés con dos alturas: la inferior adintelada y la superior en arquería con columnitas abalaustradas. La escalera de ida y vuelta está situada en un ángulo de la galería del patio, según norma tradicional en nuestros palacios. En la fachada principal destacan tres cuerpos, uno central, con logia decorada con tres estatuas de Palao, y dos laterales, con estatuas de Lasuén. Son muy acertadas y originales las fachadas laterales en las que se acusa, por medio de un muro ciego, el piso superior destinado a salas de exposición, provistas de luz cenital.

En los pabellones provisionales de la exposición, Magdalena se dejó llevar por su fantasía "modernista". Entre éstos eran los más notables el pabellón central o de la Alimentación y el Gran Casino.

Es admirable el hecho de que el 23 de marzo de 1907 se publicase el real decreto, concediendo una subvención de dos millones y medio de pesetas para conmemorar el Centenario de los Sitios y en primero de mayo de 1908 se inaugurase la Exposición. En menos de un año se habían construido tanto los edificios definitivos como los provisionales. El coste del palacio de Museos fue de pesetas 600.000, y el de "La Caridad", 300.000.

Entre las obras que se hicieron con ocasión del Centenario figura la actual fachada de la antigua Universidad, obra también de Magdalena, y no pocas lápidas conmemorativas. También hubo de proyectar arcos triunfales para decorar la vía pública, con motivo de las visitas regias a nuestra ciudad.

No fueron muchas las distinciones honoríficas que se concedieron a don Ricardo. Citaré las siguientes:

Encomienda de número de la real Orden de Isabel la Católica, concedida en 28 de marzo de 1887 por su heroico comportamiento en la extinción de un incendio.

Académico de número de la Real Academia de Nobles y Bellas Artes de San Luis, de Zaragoza, en 3 de diciembre de 1876, y correspondiente de la de San Fernando, de Madrid.

Socio de mérito de la Económica Aragonesa de Amigos del País, en 4 de junio de 1886.

El día 28 de marzo de 1910 muere don Ricardo. Podemos pensar que su inexplicable actividad durante toda su vida profesional, acentuada a partir de las fechas del Centenario de los Sitios, precipitaron el triste acontecimiento.

La ciudad le lloró sinceramente.

Los periódicos de aquellos días le dedicaron sentidas necrologías. Don José García Mercadal decía: "Aragón debe a Magdalena el haber mostrado su cariño por nuestros viejos monumentos artísticos, deteniendo el desmoronamiento de algunos con bien entendidas y fieles restauraciones" y afirmaba que si algún día se hace la historia de la arquitectura aragonesa, Magdalena llenará todo un período, será el hombre representativo de una época fecunda en obras, que supo producir un estilo genuinamente aragonés, más aún, genuinamente zaragozano.

Y su fiel colaborador, el escultor Lasuén, hacía resaltar las dotes del maestro: "dignidad profesional enaltecida en todo momento; rectitud incomparable; amor al arte y a Zaragoza, representada en su Ayuntamiento y cariño a la enseñanza".

En la sesión celebrada por el Ayuntamiento el día 1.° de abril se toman varios acuerdos en honor del arquitecto fallecido, entre ellos, dar su nombre a una calle.

El alcalde, don Demetrio Galán, hizo notar que "Magdalena dedicó al Ayuntamiento todo su trabajo y talento, siendo el restaurador de las tradiciones artísticas de Zaragoza"; don Manuel Marraco afirmó que "Magdalena ha de perdurar siempre y dejará memoria imperecedera", y don Enrique Isábal manifestó que el arquitecto fallecido "ha dejado testimonio grande de admiración".

Estas frases, que copio del acta de aquella sesión, demuestran la alta estima en que se tenía a don Ricardo por los representantes de la ciudad.

El entierro fue imponente. Asistió el Ayuntamiento en corporación. El féretro fue portado por seis bomberos y acompañaba al cadáver la sección montada de la Guardia municipal. Todas las clases sociales estaban representadas. La comitiva ocupaba todo lo largo de las calles de Espoz y Mina y Don Jaime desde la iglesia de Santa Cruz, en la que se celebraron los funerales, hasta el Coso. Era de ver cómo lloraban sus fieles colaboradores, aquellos artistas y artesanos que debían a don Ricardo todo lo que eran.

Estas fueron, contadas a grandes rasgos, la vida y la obra del arquitecto don Ricardo Magdalena Tabuenca.

Es posible que la ciudad por la que se desvivió le deba a su memoria algo más que el nombre de una calle.

Nosotros, los arquitectos viejos, que ya no somos capaces de aprender, nos conformamos con admirar su ingente figura.

Los arquitectos jóvenes pueden sacar provechosas lecciones de esta vida ejemplar del arquitecto insigne y del hombre bueno que fue el maestro Magdalena.